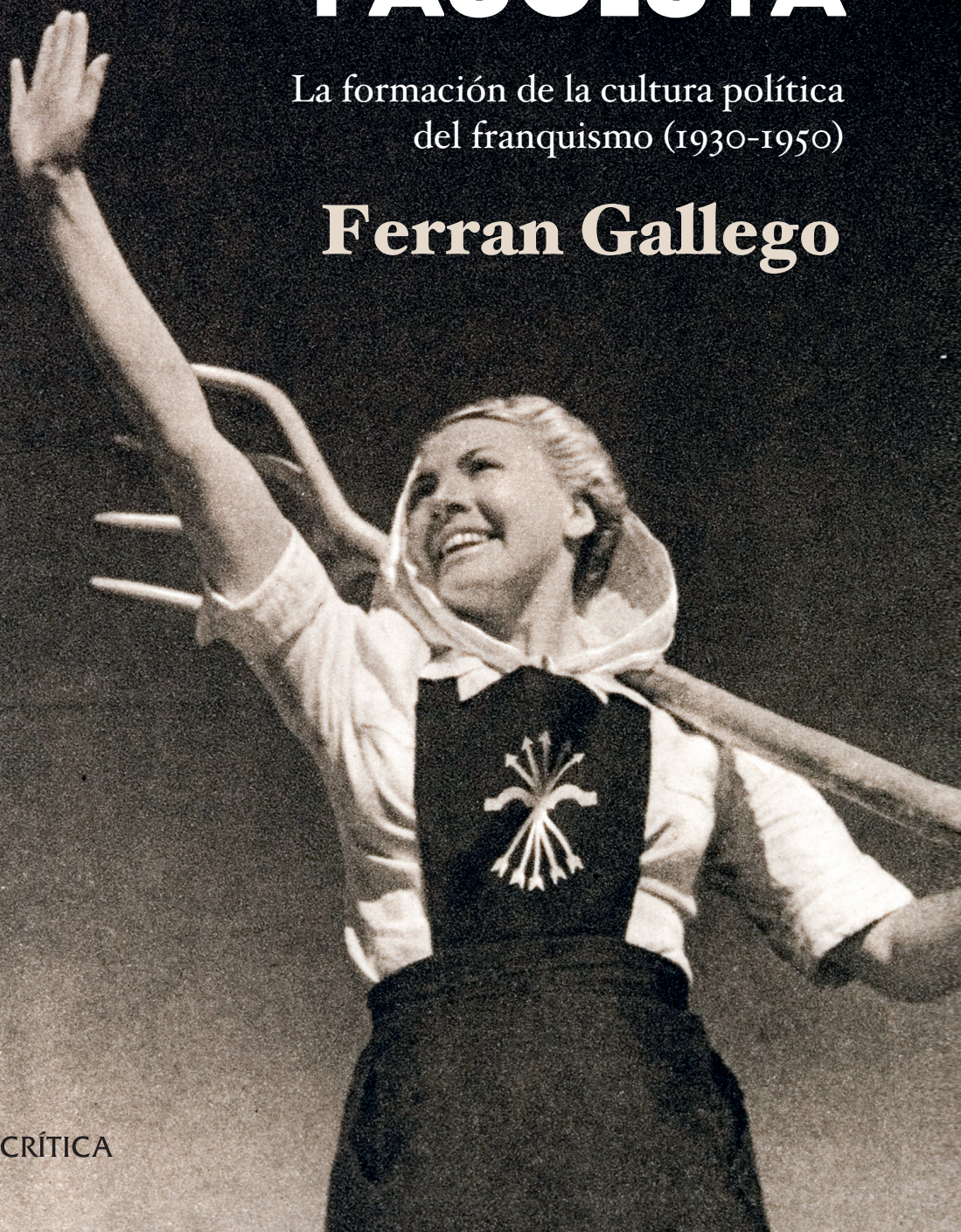


EL EVANGELIO FASCISTA

La formación de la cultura política
del franquismo (1930-1950)

Ferran Gallego

CRÍTICA



Ferran Gallego

EL EVANGELIO FASCISTA

LA FORMACIÓN
DE LA CULTURA POLÍTICA
DEL FRANQUISMO
(1930-1950)

CRÍTICA
BARCELONA

ÍNDICE

Introducción	15
--------------	----

PRIMERA PARTE EL PROCESO CONSTITUYENTE DEL FASCISMO ESPAÑOL

1. Fascismo y fascistización en España. El primer nacional-sindicalismo	29
«¿Bandera que se alza?». <i>el lugar del fascismo en la crisis española de los años treinta</i>	29
<i>La fractura generacional española y la «vía estética» al fascismo</i>	54
<i>Un fascismo prematuro. El nacionalismo revolucionario como espacio de propaganda (1931)</i>	77
«¡Paso a la juventud!». Nación, imperio y violencia en <i>La Conquista del Estado</i>	78
«Tradición y renovación». <i>Libertad</i> y la propaganda por un fascismo ruralista y cristiano	109
2. La formación del partido fascista (1931-1934)	123
<i>Nacional-sindicalismo y contrarrevolución en la primera movilización contra la República (1931-1932)</i>	123
Las JONS y la rectificación de <i>La Conquista del Estado</i>	124
Movilización de la derecha. La campaña revisionista y <i>Acción Española</i>	131

ÍNDICE

<i>Formulaciones del fascismo en 1932</i>	140
El exilio de Redondo...	140
... y el regreso de Giménez Caballero	143
<i>El proceso de fascistización de la derecha española: naciona-</i> <i>lismo, catolicismo, monarquismo</i>	155
<i>La formación del partido nacional-sindicalista. Hacia Fa-</i> <i>lange Española de las JONS (1933-1934)</i>	176
Redondo y la definición del Estado Nuevo	177
«El Fascio» como modelo de propaganda unitaria	181
Las JONS, milicia y partido	187
Falange Española. Nacionalismo y «unidad de	
destino en lo universal»	209
La primera síntesis fascista en España: Falange	
Española de las JONS	227
3. El fascismo durante la hegemonía de la derecha posi-	
bilista (1934-1935)	235
<i>Entre la victoria electoral y la derrota política. Ruptura de</i> <i>la derecha y divorcio del monarquismo</i>	235
<i>FE de las JONS: doctrina, acción y ausencia de estrategia</i> <i>política (marzo-octubre de 1934)</i>	247
Estilo y propaganda. Ruralismo, juventud y vio-	
lencia	248
El nacionalismo según Primo de Rivera	265
El Partido Fascista según Ledesma Ramos	271
<i>El I Consejo Nacional y la escisión de Ledesma Ramos</i>	289
<i>Fracaso político y legado teórico de Ledesma Ramos</i>	309
<i>La contrarrevolución en 1935. El Bloque Nacional y Fa-</i> <i>lange Española de las JONS</i>	334
4. Crisis del régimen, sublevación y construcción del	
proyecto fascista unificado (1936-1937)	369
<i>Ante el 16 de febrero. El fascismo y las perspectivas electora-</i> <i>les de la contrarrevolución</i>	369
El Frente Nacional como estrategia de Falange	369

ÍNDICE

El discurso de la contrarrevolución: entre Calvo Sotelo y Gil Robles	383
<i>La vía fascista a la guerra civil. Falange Española, el partido de la sublevación militar y de la movilización armada de masas</i>	405
<i>La frustración de la vía golpista al Estado corporativo</i>	431
<i>La guerra civil, proceso constituyente del fascismo (1936-1937)</i>	443

SEGUNDA PARTE

COMUNIDAD CRISTIANA Y ESTADO IMPERIAL. LA PLENITUD DOCTRINAL DEL FASCISMO ESPAÑOL

5. Experiencia de guerra y proyecto fascista	483
<i>La construcción ideológica del 18 de Julio</i>	483
<i>«Donde la nación se ha hecho Ejército». El fascismo, la guerra y la militarización de la política</i>	487
<i>«España ha sido siempre así.» El 18 de Julio como recuperación histórica</i>	496
<i>«Bajo este cielo absoluto». El catolicismo y la identidad del Movimiento Nacional</i>	505
<i>«La unidad, la síntesis española eterna». Proyecto y símbolo del fascismo español</i>	521
<i>El Fuero del Trabajo: una intención constituyente</i>	533
6. Estado y comunidad en el nacionalismo fascista de posguerra (1939-1942)	553
<i>«¡Esta es España!». La nación en la doctrina de la inmediata posguerra</i>	553
<i>Por la Nación al Imperio</i>	569
<i>Primeras reflexiones sobre el Estado Nacional Sindicalista.</i>	
<i>La cuestión del totalitarismo</i>	591
<i>Ruiz del Castillo, Lojendio, Beneyto y Azpiazu</i>	594

ÍNDICE

Legaz, Valle y Conde	600
García Valdecasas, Maravall y Díez del Corral	609
<i>El divino insurgente. Caudillaje y Partido en el Nuevo Estado</i>	615
<i>Todo el tiempo en sus manos. El pasado ejemplar y la singularidad del Estado español</i>	631

TERCERA PARTE

LA VÍA FASCISTA AL ESTADO CATÓLICO

7.	La permanencia de la cultura política del 18 de Julio: Desfascistización y nacionalcatolicismo (1943-1947)	659
	<i>«La nueva Cristiandad en armas». La identidad ejemplar de la España del 18 de Julio</i>	659
	<i>«Salvar en España los principios universales de la civilización». El Movimiento Nacional y la «verdadera» tradición liberal española</i>	684
	<i>«De revolución a sistema». El discurso de la Falange en la fase de desfascistización</i>	707
8.	La elaboración doctrinal del Estado católico	735
	<i>«Hacia un modo cristianamente racional de autoridad y representación»</i>	735
	<i>Del pensamiento jurídico antiliberal al fascismo</i>	740
	<i>Contribuciones teóricas a la formulación del Nuevo Estado: Conde y Legaz</i>	752
	<i>Otras aportaciones a la constitución del Estado católico</i>	761
	<i>La revisión del pensamiento falangista: la cuestión del Estado totalitario</i>	772
9.	«SUB SPECIE AETERNITATIS». Historia y legitimación del 18 de Julio en la etapa de desfascistización (ss. XVI-XIX)	785
	<i>Bajo la mirada de la plenitud imperial</i>	786
	<i>Tiempo de hidalgos. La superación española de las clases sociales</i>	789

ÍNDICE

<i>La decadencia, entre la crítica y la ficción. Cervantes y Quevedo</i>	794
<i>El Príncipe y los monarcas. Arquetipos de autoridad y fines del Estado</i>	803
<i>Precursores del Estado católico. El pensamiento político del Siglo de Oro</i>	807
<i>Signos de españolidad en una época de extravío. Feijoo y Jovellanos.</i>	820
<i>La nueva reivindicación del siglo XIX. Los indicios de una «tercera España»</i>	824

CUARTA PARTE EPÍLOGO Y CONCLUSIONES

EPÍLOGO

¿Una nueva generación española? La herencia del 18 de Julio y el problema de España a finales de los años cuarenta	845
<i>Integración e intransigencia. La falsa dicotomía del discurso del 18 de Julio en la segunda mitad de los años cuarenta</i>	845
<i>La «España como problema» de Laín Entralgo</i>	860
<i>La España sin problema del grupo de la revista «Arbor»</i>	870
<i>Perspectivas políticas de un debate intelectual</i>	882

CONCLUSIONES

El fascismo y la formación de la cultura política del franquismo	891
I	891
II	895
III	901
IV	908
Publicaciones periódicas	923
Bibliografía primaria	925
Bibliografía secundaria	953
Índice onomástico	963

I

FASCISMO Y FASCISTIZACIÓN EN ESPAÑA. EL PRIMER NACIONALSINDICALISMO

«¿BANDERA QUE SE ALZA?». EL LUGAR DEL FASCISMO
EN LA CRISIS ESPAÑOLA DE LOS AÑOS TREINTA

En noviembre de 1933, poco después de que José Antonio Primo de Rivera pronunciara lo que viene considerándose el discurso fundacional de Falange, *Acción Española* saludó con comprensible entusiasmo la formación de un nuevo movimiento, del que se esperaba leal colaboración en la común tarea contrarrevolucionaria. Sus redactores no podían ver más que con profunda simpatía esta incorporación a un mismo esfuerzo, que se contemplaba como confirmación y ampliación de lo que *Acción Española* había «tratado de ordenar y de difundir». Primo de Rivera se recordaba como persona que había encontrado una «acogida fraterna en esta casa y se ha llevado un poco de nuestra esperanza». No siendo las ideas «patrimonio exclusivo de un grupo o de un partido político determinado, sino de la verdad y de España», no cabía preguntar cuál era la militancia concreta de quienes «tienen por suyo nuestro campo». Las palabras de José Antonio, de García Valdecasas o de Ruiz de Alda, que definían las características del movimiento, podían ser asumidas «una por una». Para probarlo, la revista intentó publicar los tres discursos pronunciados, pero la mediocridad del de Ruiz de Alda y la inconveniencia de editar solamente el de los otros dos oradores, aconsejó que, en aquel mismo número, vieran la luz exclusivamente las palabras de Primo de Rivera, lo que no era sólo el resultado de una feliz delicadeza con Ruiz de Alda, sino la conciencia de un lideraz-

go que había ido constituyéndose a lo largo de aquel año. «Una bandera que se alza», tituló Vegas Latapie el discurso, publicado bajo la petición de que «¡Dios nos conserve la ilusión que dejaron prendida al borde de nuestro camino!».¹

La impresión de coincidencia en un mismo espacio se reiteró por Víctor Pradera en la misma publicación. La reflexión no podía tomarse más que como un reproche, desde el título, al poner entre interrogantes el que había planteado Vegas Latapie, hasta el final, cuando se utilizaban las palabras despreciativas que Fal Conde había lanzado contra quienes con tanta frecuencia deseaban repartirse la herencia política del tradicionalismo, sin esquivar siquiera la referencia a la túnica sagrada repartida entre los guardianes de la crucifixión. En la convocatoria de Primo de Rivera sólo podían observarse elementos que adquirirían su pleno significado en el pensamiento carlista. La crítica a Rousseau con la que José Antonio había iniciado su discurso encontraba su plenitud en los elementos fundamentales de la doctrina católica tradicionalista. «¿Por qué no decir que todo eso es Tradicionalismo y que hay que aceptarlo como la buena doctrina?».² El visible enojo de Pradera podía hacerse una pregunta similar con respecto al viraje de los alfonsinos que llenaban la redacción de *Acción Española* y que no se habían integrado en la disciplina carlista, algo que no se produjo por razones que habían de ir más allá de la mera disputa dinástica, sino debiéndose a la impresión de ruptura con todos los marcos previos al 14 de abril que había plan-

1. «Brumas y horizontes», *Acción Española*, 40 (1 de noviembre de 1933), pp. 306-307; «Bandera que se alza». *Ibid.*, pp. 363-369. Sobre la autoría del título y la conveniencia de no publicar el texto de Valdecasas marginando el de Ruiz de Alda, E. Vegas Latapie, *Memorias políticas. El suicidio de la monarquía y la Segunda República*. Barcelona, Planeta, 1983, p. 187.

2. V. Pradera, «¿Bandera que se alza?», *Acción Española*, 43 (16 de diciembre de 1933), pp. 643-651. Tanto el texto de José Antonio como el de Pradera fueron reproducidos en el volumen antológico de la revista que se publicó en marzo de 1937.

teado la revista, solicitando el encuentro en un territorio nuevo. De hecho, la celebración de la victoria electoral del 19 de noviembre se había presentado como inicio de una etapa en la que las ideas defendidas durante dos años por *Acción Española* podían exponerse «un día por el señor Gil Robles, y otro por el señor Primo de Rivera; en el credo del partido tradicionalista, y como punto de arranque del programa de Renovación Española».³ La identidad resulta más que discutible, pero la aceptación de un aire común, respirado por diferentes tendencias políticas, expresa una percepción muy significativa del proceso unificador de la contrarrevolución en marcha, en la que el fascismo español —especialmente en la versión dominante que parece representar Primo de Rivera en aquel momento inicial— era más un acento que un idioma político distinto.

La reacción de Ramiro Ledesma y sus compañeros fue mucho más seca, deseando recalcar la distancia que separaba a las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista (JONS) de lo que se reconocía ya como nueva organización política. Aun cuando se indicara que todo lo atractivo que pudiera tener el discurso de La Comedia ya se encontraba en las posiciones fundacionales de las JONS, se subrayaba que «no podemos adherirnos a la bandera del marqués de Estella, aunque lo declaramos persona grata, magnífica y valiosa. Hemos nacido para batallas diferentes a las que él sin duda se va a ver obligado a librar». Las JONS habían nacido para el combate por un movimiento nacionalista de masas, mientras podía sospecharse el puro verbalismo de quienes habían decidido lanzarse a la organización de un nuevo movimiento el 29 de octubre.⁴ Esta posición habría de traducirse muy pronto al lenguaje político,

3. «Hacia un Estado nuevo», *Acción Española*, 42 (1 de diciembre de 1933), p. 515.

4. «Circular para el Partido. Declaraciones ante un discurso», *JONS*, 5 (octubre de 1933), pp. 236-239.

cuando se publicó una pequeña nota mostrando el enojo por la apropiación no sólo de los símbolos, sino también de la doctrina jonsista por Falange. La alarma por la marcha de militantes a la nueva organización, así como la queja por la propaganda falangista dirigida precisamente a la captación de estos sectores expresaba la extrema proximidad de ambas posiciones.⁵ Naturalmente, la aspereza empleada por Ramiro Ledesma al referirse a la fundación y primeros pasos de Falange fue mucho mayor, al analizarlas tras su ruptura con el partido unificado, insistiendo en su fascismo mimético, el tono «relamido» de su prensa, la escasa capacidad para organizar la violencia política indispensable, y su crecimiento casi exclusivo sobre los antiguos círculos de la Unión Patriótica.⁶ Tanto el escepticismo de Ramiro Ledesma en el momento de la fundación de Falange como la alegría de los redactores de *Acción Española* y los celosos improprios de Víctor Pradera pueden valorarse aún mejor al examinar las palabras con las que Primo de Rivera se dirigía a los electores de Cádiz, formando parte de una candidatura ultraconservadora de la provincia: «En las Cortes, nos clavaremos como resueltos centinelas para que no dé un paso más, ni un solo paso más, la revolución del 14 de abril de 1931».⁷

Que, unas pocas semanas después de los comentarios críticos de la revista *JONS*, se produjera la fusión de Falange y de las Juntas, o que personalidades de *Acción Española* se implicaran a fondo en el desarrollo de Falange, como ocurrió con Juan Antonio Ansaldo o con el marqués de la Eliseda, son sólo algunos de los hechos significativos que nos muestran la com-

5. «Las JONS no se desvían. Ante la desviación de F.E.», *JONS*, 6 (noviembre de 1933), pp. 256-257.

6. R. Lanzas [R. Ledesma], *¿Fascismo en España?* Madrid, Ediciones «La conquista del Estado», 1935, pp. 125-144.

7. S. Dávila y J. Pemartín, *Hacia la historia de la Falange. Primera contribución de Sevilla*. Jerez, 1938, p. 39.

plejidad de la fascistización en España. Una complejidad que nada tiene que envidiar a la que caracteriza a este proceso en el conjunto del continente europeo, incluyendo aquellos países a los que se tomó como modelo en los años treinta y continuaban siendo el punto de referencia para perfilar lo que fue el fascismo. La percepción de los movimientos de este carácter en Alemania e Italia por parte de la derecha antiliberal española fue fundamental, al haber contribuido decisivamente a la modificación de sus marcos ideológicos y de su estrategia política. La acusación de un exceso de mimetismo con respecto al fascismo italiano, lanzada por los jonsistas a los falangistas a fines de 1933, podría resultar desconcertante al proceder del grupo que con más frecuencia se asocia al fascismo más radical, frente a las contaminaciones católicas, conservadoras y elitistas de Falange. Más allá de lo que pueden considerarse herramientas dialécticas utilizadas para preservar un espacio propio muy limitado, tales propuestas no cayeron en saco roto, al reducirse notablemente las alusiones al fascismo desde el momento mismo en que se celebró públicamente el acto de fusión entre falangistas y jonsistas. La exigencia procedía de quienes no habían dudado en proclamar su vinculación con el movimiento mussoliniano e incluso con el nacionalsocialismo, y puede entenderse en un doble sentido. Por un lado, el jonsismo actuaba como lo habían hecho diversos grupos fascistas europeos, cuyo patriotismo esencial impedía asumir cualquier imagen de imitación o de influencia, para considerar más bien las condiciones de la complicidad en la respuesta de un nuevo nacionalismo a la crisis de la sociedad liberal. Por otro, la defensa de la autonomía por parte de las JONS y los recelos ante las actitudes imitativas apuntaban a un lugar que no era sólo el «estilo» de Falange, sino, sobre todo, la necesidad de defender un espacio autónomo que corría el riesgo de disolverse en una zona de simpatía generalizada por el régimen de Italia. La necesidad de mantener un equilibrio entre la estrategia de construcción de un movimiento nacional amplio y la preservación

de la identidad del partido puede explicar las reticencias iniciales de Ledesma, así como el giro a posiciones intransigentes que se dieron en FE de las JONS tras la crisis de comienzos de 1935.

Unos y otros, falangistas y jonsistas por separado o tras el momento de una fusión inevitable desde el 29 de octubre, habían de reivindicar este perfil propio. Sánchez Mazas, por ejemplo, dedicaba la primera de sus «Consignas» en el semanario *F.E.* a proclamar esta posición exclusiva, aunque superadora de lo que sólo se había atisbado en quien no había deseado llegar tan lejos en las tomas de posición de la derecha española.⁸ La voluntad de preservar un espacio ocupado precisamente por esa deficiencia se reiteraba en la revista *JONS*: «Las JONS no pueden ser adscritas sin reservas grandes a las derechas. Mucho menos, claro, a las izquierdas, que han sido siempre antinacionales, traidoramente insensibles a la idea de España».⁹ Sin embargo, la permeabilidad al fascismo de sectores mucho más amplios que lo que puede representar el área de influencia falangista y jonsista era lo bastante claro para que, desde los dos espacios, se señalara la inevitable confluencia en el fascismo de sectores que irían deseando asumir el proyecto patriótico formulado contra la República. Como decía Sánchez Mazas, incluso quienes desearan mantenerse al margen del movimiento se verían considerados como fascistas por una izquierda capaz de ver con mayor claridad las líneas básicas de escisión política de la sociedad española en tiempos del segundo bienio.¹⁰ Este doble juego de identidad y disposi-

8. [R. Sánchez Mazas], «Consigna», *F.E.*, 1 (7 de diciembre de 1933), p. 1.

9. R. Ledesma, «Declaraciones terminantes. (Jonsismo, Fascismo. Las Derechas. La violencia. La juventud. Las masas)». *JONS*, 4 (septiembre de 1933), pp. 145-146.

10. [R. Sánchez Mazas], «Con el clamor de España», *F.E.*, 2 (11 de enero de 1934), p. 1

ción a crear un espacio unitario es lo que conduce a que el fascismo sólo sea comprensible como proceso de fascistización. No sólo en sus aspectos estratégicos, sino también en los doctrinales, la formación y desarrollo del proyecto político del 18 de Julio debe recabarse en ese territorio.

La debilidad y carácter tardío de la aparición de un partido fascista en España se ha presentado siempre como un factor que, sin ser excepcional en el periodo de entreguerras en Europa, dotó al proceso político español de circunstancias peculiares, al coincidir esta carencia con la densidad y extensión de un área de derecha en rápido y profundo proceso de radicalización. De hecho, la presencia de organizaciones políticas y movimientos sociales situados en el ámbito de la extrema derecha es valorada como un factor que dificultó la consolidación de un partido fascista, al tener que competir en desventaja con sectores ya instalados en el espacio público del país, convertidos en representación de las distintas corrientes antidemocráticas y antisocialistas. Los mensajes que se intercambiaron en este ámbito reflejaron la conciencia de constituir un espacio con propósitos esenciales comunes, lo que conducía, simultáneamente, al alivio de ver cómo se ensanchaban las posiciones de rechazo de la democracia y a la contrariedad de considerar que las posiciones existentes ya cumplían esa necesidad histórica. La irritación de falangistas y jonsistas se debía a esa misma impresión de coincidencia, que les obligaba a subrayar, de modo mucho más radical de lo que se había hecho en otros lugares, el carácter de novedad superadora del fascismo en España. El marco político español de este periodo se presenta en una doble condición, alentadora de ese proceso de radicalización y bloqueante de una organización autónoma del fascismo, al haber seguido a la neutralidad española en la Gran Guerra la instauración de la dictadura de Primo de Rivera. El endurecimiento político y doctrinal de la derecha española no supuso, en esta perspectiva, la aparición de un nuevo sujeto político, impulsado por las condiciones excepcionales del con-

flicto bélico, la movilización de masas que éste reclamaba y el proceso de nacionalización radical que pudo implicar en otros países. Una visión que también recalca la necesidad de atender a la continuidad de las elites, desplazadas desde el conservadurismo o el catolicismo social hacia posiciones de carácter autoritario, para establecerse en el campo de una crítica extrema al Estado liberal. Debe considerarse, además, la importancia que llegó a tener el impacto del cambio del régimen, contemplado tanto por sus portadores como por sus oponentes como una revolución. Esta no era asimilada por los sectores conservadores como una mera transición política, sino como el derrumbe del orden social vigente que sería, además, el preámbulo de una marcha hacia la completa disolución nacional. El área de resistencia al régimen republicano no se planteaba una restauración, aunque durante algún tiempo pudieran considerarse campañas revisionistas y esfuerzos para hacer gobernable una transición pacífica hacia la modificación del orden político establecido en el periodo constituyente, realizadas a cargo de la derecha republicana y, en especial, de Acción Popular. En el año 1933, que no es por casualidad el de la formación del partido fascista que se culminará con la unificación de FE y de las JONS al año siguiente, la extrema derecha española había clarificado hasta la saciedad su falta de disposición a aceptar la legalidad republicana, y su voluntad de perfilar una estrategia, un discurso ideológico y una organización que permitiera asaltar el régimen para construir una alternativa que nunca implicaba el retorno a las condiciones de un liberalismo monárquico definitivamente destruido.

La bifurcación cronológica entre los acontecimientos europeos y los españoles, siempre vinculada a la neutralidad en la Gran Guerra, debe ser considerada de un modo más matizado, que nos ayude a precisar el proceso de fascistización y, sobre todo, a romper los límites de una paradoja. La presentación del partido fascista español como una propuesta que llega con atraso, cuando el espacio que podría haber adquirido ya

ha sido ocupado por otras fuerzas, puede verse como un factor que facilitó el proceso de fascistización, en lugar de considerarse el principal impedimento impuesto por las condiciones políticas españolas a su desarrollo. Los años treinta son aquellos que corresponden a la quiebra del horizonte liberal-parlamentario en amplios sectores de la derecha europea, y los que son percibidos como una ruptura con las condiciones de la posguerra. La línea de continuidad existente entre el final de las hostilidades en 1918 y la expansión del fascismo es una construcción realizada *a posteriori* por quienes desean presentar su acceso al poder o su constitución de un movimiento nacionalista de masas como resultado *directo* de una generación del frente, cuando parece mucho más fructífero considerar que tal relación se modifica sustancialmente por la crisis social de finales de los años veinte y comienzos de la década de los treinta. La conciencia de cambio que expresaban algunos de quienes serían los más destacados intelectuales del fascismo europeo se suma a las transformaciones que se realizaron en el campo institucional, mediante la quiebra de los regímenes parlamentarios y la búsqueda de rectificaciones radicales de las democracias constituidas en el periodo revolucionario que siguió a la Gran Guerra. Tales elementos eran de sobra conocidos y valorados con suma atención por el partido fascista español, que contemplaba este cambio de ciclo como oportunidad y desafío, destinado a ofrecer una compleja situación de posibilidades de convergencia, riesgos de pérdida de identidad y competencia por el liderazgo en vísperas de la quiebra del sistema.

Al publicar el primer volumen de sus imprescindibles memorias, Robert Brasillach destacaba el momento en que se dejó atrás la generación de los combatientes, para iniciar el camino de quienes llegaban a los años de decisión juvenil en la década de los treinta.¹¹ Sin embargo, ya en el mismo cruce de las dos dé-

11. R. Brasillach, *Notre avant-guerre*. París, Plon, 1941, p. 129.

cadass, el propio Brasillach se había mostrado sensible a este cambio de ritmo y de expectativas. Comentando *El fuego fatuo* de Drieu La Rochelle en su primera colaboración en *Action Française*, se había referido al fin de la posguerra, y Pierre Gaxotte le animó a profundizar en el tema, lo que daría lugar a una célebre encuesta llevada a cabo en *Candide*, en la que pudo observarse un sentimiento generalizado de superación de etapa.¹² Para el pensador católico Daniel-Rops, se trataba de dejar atrás la mezcla de frivolidad e inquietud que habían caracterizado a los años veinte, pasando al periodo que requiriera las exigencias de una reconstrucción política y espiritual.¹³ Para Marcel Arland o para Thierry Maulnier, debía abandonarse el radicalismo sentimental, dejar de lado la voluptuosidad y la vanidad, y encontrar de nuevo el rumbo a lo esencial.¹⁴ El impulso de la juventud que ni siquiera había combatido resultaba evidente en su toma de conciencia de un tiempo nuevo que rompía en dos el bloque convencional del periodo de entreguerras, incluso cuando se desea-

(« Dans la suite de nos années de jeunesse, l'année 1933 ne nous apparaît peut-être pas comme la plus nette. Elle est brouillé au contraire, pâle tour a tour et fardée, avec cet aspect fantomal et croassant de corbeau d'Edgard Poe assis sur le buste de Pallas que prennent aisément dans notre souvenir les heures capitales. Ce fut bien l'année capitale entre toutes, en effet, celle que nous attendions sans le savoir depuis que nous jetions autour de nous quelque coup d'oeil, tout en poursuivant notre vive et douce et sage aventure personnelle. Elle vint enfin, obscure et rayée de lueurs brèves, bruyants soudain puis sourde et feutrée, et nous dégagions à peine de nos prévisions, de nos attentes, elle se confondait encore avec elles, et pourtant, elle était la mystérieuse année de la réalisation et de la menace. »)

12. P. Tame, *La Mystique du Fascisme dans l'oeuvre de Robert Brasillach*. París, Nouvelle Editions Latines, 1986, pp. 157-159.

13. Daniel-Rops (Henri Pétiot), *Les années tournantes*. París, Editions du Siècle, 1932, pp. 35-82.

14. M. Arland, « Témoignage » ; T. Maulnier, « Retour à l'essentiel », en H. Massis, *Dix ans après. Réflexions sur la littérature d'après guerre*. París, Chez Desclée de Brouwet et Cie., 1932, pp. 117-132.